

contempló el cielo, y sus brazos temblorosos se tendieron con un ademán de ardiente súplica. ¡Oh, Dios! Puesto que la ciencia de los hombres era tan limitada y tan vana, puesto que aquel médico se marchaba de aquella casa, considerándose dichoso al salvar el embarazo de su impotencia, ¡oh, Dios! haced un milagro para mostrar el esplendor de vuestro poder sin límites. ¡Un milagro! ¡Un milagro! Lo pedía desde el fondo de su alma de creyente, con la insistencia, con el ruego imperativo de un príncipe de la tierra que cree haber prestado un servicio considerable al cielo consagrando su vida entera á la Iglesia. Lo pedía para la continuación de su raza; para que el último varón no desapareciese tan miserablemente y pudiese casarse con aquella prima tan amada que estaba llorando allí y que era en esos momentos tan desdichada. ¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡En favor de aquellos desgraciados jóvenes tan queridos! ¡Un milagro que hiciese renacer la familia! ¡Un milagro que eternizase el glorioso apellido de los Boccanera y que permitiese que saliese de la unión de los jóvenes esposos toda una decadencia sin cuento de valientes y de fieles!

Cuando el cardenal volvió al centro de la habitación, apareció transfigurado; la fe había secado sus ojos y comunicado fortaleza y sumisión á su alma, en adelante exenta de toda debilidad. Se había entregado en manos de Dios y resolvió ser él mismo quien administrase la Exremaunción á Darío. Con un gesto llamó á don Vigilio é hizo que le siguiese á la habitación inmediata que les servía de capilla y cuya llave llevaba siempre encima. Esa habitación, poco menos que desamueblada, en la que por otra parte no entraba nadie, era la capilla, en la que no había más que un sencillo altar de madera pintada con un gran crucifijo de cobre y gozaba en el palacio del renombre de un lugar santo, desconocido y terrible, porque según decían, su eminencia pasaba allí las noches de rodillas hablando con Dios en persona. Y para que así entrase públicamente, para que dejase de aquel modo abierta de par en par la puerta, era necesario que quisiese obligar á Dios á salir con él en su deseo de que hiciese un milagro.

Detrás del altar había un armario del que el cardenal

sacó una estola y una sobrepelliz. La caja de los Santos Oleos estaba allí también y era una alhaja muy antigua que tenía grabadas las armas de los Boccanera. Habiendo entrado don Vigilio en la habitación de Darío detrás del oficiante para asistirle, alternaron en seguida las palabras latinas:

—*Pax huic domini.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

La muerte se presentaba tan amenazadora, tan próxima, que todos los preparativos acostumbrados se hubieron forzosamente de suprimir. No había ni la mesita cubierta con un blanco lienzo ni los dos cirios. Además, no habiendo llevado el que asistía el hisopo ni el agua bendita, el oficiante se tuvo que limitar á hacer el gesto bendiciendo la habitación y al moribundo, pronunciando las palabras del ritual:

—*Asperjes me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Dominada por un prolongado estremecimiento que experimentó al ver presentarse al cardenal revestido y con los Santos Oleos, cayó Benedetta de rodillas al pie del lecho, mientras que Pedro y Victorina, un poco más atrás, se arrodillaban también, trastornádoles la dolorosa grandeza de aquel espectáculo. Y con sus ojos desmesuradamente abiertos, agrandados en una faz de una palidez de nieve, no apartaba la *contessina* los ojos de su Darío, al que no reconocía con el rostro terroso, la piel curtida y tan llena de arrugas como la de un viejo. Y no había sido para su casamiento, aceptado y deseado por él, para lo que su tío, ese todopoderoso príncipe de la fe, llevaba el Santo Sacramento de la Iglesia, sino para la ruptura suprema, para el fin humano de todo orgullo, para la muerte que acaba y se lleva las razas lo mismo que el viento barre el polvo de los caminos.

No podía entretenerse y recitó á media voz y apresuradamente el *Credo*.

—*Credo in unum Deum...*

—*Amén.*—respondió don Vigilio.

Después de las preces de ritual, este último balbuceó las letanias para que el cielo tuviese lástima del hombre

miserable que iba á comparecer ante Dios si éste con un milagro no le hacía gracia de la vida.

Entonces, sin tomarse tiempo para lavarse los dedos, abrió el cardenal la cajita de los Santos Oleos, y limitándose á una sola unción, como está permitido para los casos de urgencia, puso con la punta de la aguja de plata una sola gota sobre la boca reseca ajada ya por la muerte.

—*Per instam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

¡Ah! ¡Con qué corazón más inflamado por la fe pronunció estas palabras, llamamiento al perdón para que la misericordia divina borrara los pecados cometidos por los cinco sentidos, esas cinco puertas de la tentación abiertas en el alma. Pero era aún con la esperanza de que si Dios había herido á aquel pobre sér por sus faltas, tal vez tendría la indulgencia necesaria para devolverle la vida en cuanto se las hubiese perdonado. ¡La vida, oh, Señor! ¡La vida para que esta antigua raza de los Boccanera pulule aún, continúe sirviéndoos á través de las edades en los combates y ante los altares!

Durante un momento quedóse el cardenal con las manos estremecidas contemplando la faz muda, los cerrados ojos del moribundo y esperando el milagro. No se produjo nada nuevo; no se vió en aquel ninguna claridad. Don Vigilio le enjugó la boca con un poco de algodón, sin que de los labios se exhalase un suspiro de alivio. Pronuncióse la última oración, y el oficiante se volvió á la capilla, siguiéndole el presbítero que le había asistido, retirándose ambos en medio del tremendo silencio que parecía caer de lo alto envolviéndolo todo. Arrodilláronse allí ambos, y sobre el desnudo suelo, el cardenal se entregó á una fervorosa oración. Con sus ojos fijos en el crucifijo de bronce no vió ya nada más, no oyó nada, entregándose por completo á Dios, suplicando que le tomase en vez de su sacrificio si era necesario un holocausto, no desesperando de ablandar la cólera celeste mientras Darío tuviese un soplo de vida y en tanto que él estuviese así de rodillas en conversación con Dios, ¡era tan humilde y tan soberano! Entre Dios y un Boccanera ¿no se iba á poder establecer un acuerdo? Si en aquel momento se hubie-

se derrumbado el vetusto palacio no sintiera la caída de las vigas.

No se había movido aún nada, sin embargo, en la habitación del moribundo y todo se hallaba bajo el peso de esa majestad trágica que la ceremonia parecía haber dejado. Entonces fué cuando únicamente abrió Darío los ojos. Se miró las manos y las vió tan envejecidas, tan encogidas, que en el fondo de sus ojos se leyó el inmenso pesar de tener que dejar la vida. Indudablemente, en aquel momento de lucidez, en medio de aquella especie de extraña embriaguez que el veneno le producía, tuvo por vez primera conciencia de su estado. ¡Ah! ¡Morir! ¡Y morir con tal dolor, en medio de semejante decadencia, qué abominación más repulsiva para aquel sér, personificación de la ligereza y del egoísmo, para aquel amante de la belleza, de la alegría y de la luz que no sabía sufrir! El Destino feroz castigaba en él con demasiada rudeza su raza agotada. Tuvo horror de sí mismo y experimentó una crisis de desesperación, un terror de niño, que le dieron fuerzas para incorporarse y para mirar trastornado alrededor de la habitación y enterarse de si todos le habían ó no abandonado.

Cuando su mirada encontró á Benedetta, arrodillada como siempre al pie del lecho, tuvo un supremo arranque hacia ella, tendiéndola los brazos con tanta pasión como sus fuerzas se lo permitieron, balbuceando al mismo tiempo su nombre.

—¡Ah! ¡Benedetta! ¡Benedetta!

En medio del estupor de la espera no había dejado ésta de contemplarle ni un solo instante. La enfermedad horrosa que se llevaba á su amante, parecía que la iba poseyendo más y más á ella, destruyéndola á medida que él se debilitaba. Benedetta iba adquiriendo una blancura imaterial, y por los agujeros de sus tan claras pupilas, empezábase á ver su alma: pero, cuando le vió resucitando, tendiéndola los brazos y llamándola, púsose en pie á su vez, acercándose y quedándose al lado del lecho.

—¡Allá voy, Darío! ¡Aquí me tienes!—dijo.

Y Pedro y Victorina, que continuaban de rodillas, asistieron entonces á un acto sublime, de tan extraordinaria grandeza, que quedáronse como clavados en el suelo, co-

mo ante un espectáculo ultra terrestre en el que los humanos no tenían que intervenir para nada. Benedetta habló y obró como una criatura desligada de todos los lazos convencionales y sociales, fuera ya de la vida, no viendo ni interpelando los seres y las cosas más que desde muy lejos, desde el fondo de lo desconocido, en el que iba a desaparecer.

—¡Ah! ¡Han querido separarnos, Darío mío! Sí, para que no pueda entregarme á ti y ser feliz en tus brazos, para que no seamos jamás dichosos, por eso resolvieron tu muerte, sabiendo que acabándose tu vida se concluiría la mía... Y ese hombre el que te mata ¡sí! ¡sí! es tu asesino, aunque haya sido otro el que te hirió. Es él la causa primera de todo, pues me robó cuando iba á ser tuya, y echó á perder para siempre nuestras vidas y que esparció alrededor nuestro y en nosotros el execrable veneno que nos mata... ¡Ah! ¡Cuánto le odio! ¡Sí, le aborrezco con un odio con el que quisiera poderle aplastar antes de partir agarrada á tu cuello!

No levantaba la voz y decía estas cosas tremendas con un murmullo profundo, las decía sencilla y apasionadamente. A Prada no le nombró siquiera, y volviéndose apenas hacia Pedro, que herido de estupor estaba inmóvil á su espalda, añadió con acento de mando:

—A vos, que veréis á su padre, os encargo que le digáis que he maldecido á su hijo. El héroe tan valeroso me quiso mucho y yo le quiero aún... estas palabras mías le desgarrarán el corazón... pero quiero que lo sepa... sí, debe saberlo para la verdad y la justicia.

Trastornado por el miedo, sollozando á efecto de una postrera convulsión, tendió de nuevo Darío los brazos, al parecerle que no le miraba, que no tenía sus ojos claros fijos en los suyos.

—¡Benedetta! ¡Benedetta!

—¡Allá voy, Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y se acarcaba más, le tocaba casi, de pie, junto al lecho.

—¡Ah! ¡Qué juramento este que habfa hecho yo á la *Madonna* de no pertenecer á ningún hombre, ni aun á ti, antes de que Dios lo permitiese por medio de la bendición de uno de sus sacerdotes! Consideraba como una ne-

bleza superior, divina, el ser inmaculada, virgen como la Virgen, é ignorante de las mancillas y bajezas de la carne. Y aparte de eso era un regalo de amor exquisito y raro, de inestimable precio que quería yo hacer al amante elegido por mi corazón para que fuese únicamente él el solo dueño de mi alma y de mi cuerpo... Esa virginidad, de que estaba tan orgullosa, la defendí contra otro, con las uñas y con los dientes, como se defiende contra un lobo; me defendí de ti con lágrimas en los ojos para que tú no manchases este tesoro, arrastrado por una fiebre sacrilega, antes que llegase la hora santa de las delicias permitidas. ¡Y si tú supieses cuán terribles eran las luchas que tenía que sostener conmigo misma para no ceder! Tenía una necesidad muy grande, loca, de gritarte que me tomases, que me poseyeses, que me llevases. Porque era tu sér entero lo que quería... era yo que me entregaba por completo, ¡sí! sin reserva, como mujer que cede, que acepta y que reclama todo amor... aquel que hace la esposa y la madre... ¡Ah! ¡Con qué pena he cumplido mi juramento á la *Madonna* cuando la vieja sangre enardecía en mí con aire de tempestad y qué desastre ahora!

Se acercó aún más, al mismo tiempo que su voz baja se hacía más ardiente:

—¿Te acuerdas del día en que volvistes herido con una puñalada en el hombro? Te creí muerto y grité con rabia al ocurrírseme la idea de que ibas á partir y que te perdía sin que hubiésemos gozado de la dicha. Insultaba á la *Madonna*, me pesaba en aquellos momentos no haberme condenado contigo para morir al mismo tiempo, enlazados ambos con un apretón tan fuerte, que habría sido necesario que nos enterrasen juntos... ¡Y pensar que tan terrible advertencia no debía servir para nada! Fui lo bastante ciega, lo suficientemente necia para no entender la lección... Hete ahí herido otra vez, te roban á mi amor y tú te vas antes de que yo me haya entregado cuando aun era tiempo. ¡Ah! ¡Miserable orgullosa! ¡Imbécil soñadora!

Lo que renegaba al presente en su voz apagada, era en contra de ella misma, era su cólera de mujer práctica y razonable como siempre lo había sido. ¿Era que la *Madonna*, tan maternal, quería la desgracia de los amantes?

¿Qué indignación ó qué tristeza habría podido experimentar al verlos al uno en brazos del otro y tan apasionados y tan felices? ¡No! ¡No! Los ángeles no habrían llorado aún cuando en la tierra se hubiesen amado dos amantes sin contar con el cura; al contrario, debían sonreírse y cantar de alegría. Y era, sin duda un embuste abominable el no gozar de la alegría de amarse bajo el sol cuando la sangre de la vida late en las venas.

—Benedetta... Benedetta,—repuso el moribundo, con el miedo de niño que experimentaba al irse así sólo al fondo de la eterna noche oscura y negra.

—¡Aquí me tienes, Darío! ¡Aquí estoy!

Y luego, como creyese que la criada, hasta entonces inmóvil, había hecho un gesto para levantarse é impedirle llevar á cabo el acto, añadió:

—Deja, deja, Victorina, que en adelante nada en el mundo puede impedir esto, porque es más fuerte que todo, más fuerte que la muerte... Hace un momento, cuando estaba de rodillas, hubo algo que me obligó á levantarme... á moverme... Y además, ¿no lo juré la noche de la puñalada? ¿No he prometido pertenecerle á él sólo hasta en la tierra si era preciso? ¡Que yo le bese y que me lleve consigo! ¡Estaremos muertos, pero al mismo tiempo casados y para siempre!

Volvióse al moribundo al que entonces tocaba, exclamando:

—¡Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y lo que sucedió fué inaudito. Dominada por una exaltación creciente, por una llamarada de amor que la impulsaba, empezó á desnudarse, pero sin prisa. Primero cayó el cuerpo del vestido, y resplandecieron los blancos hombros, los brazos blancos; deslizaronse después las faldas; se descalzó, y los pies blancos, los tobillos, se destacaron sobre la alfombra; después fueron cayendo los últimos velos uno á uno, y se mostraron con una fuerte carnación blanca, el blanco vientre, la garganta blanca, las piernas. Hasta el último velo, lo retiró todo con una ingenua audacia, con una tranquilidad soberana, como si se encontrase sola. Estaba en pie, semejante á un gran lirio en su cándida desnudez, en su realza desdeñosa, ignorante de las miradas. Iluminó, perfumó la triste habitación

con la hermosura de su cuerpo, prodigio de belleza, perfección viviente de los antiguos y más hermosos mármoles, con su cuello de reina, el pecho de una diosa guerrera, la línea altiva y esbelta del hombro al talón y las redondeces sagradas de los miembros y de los costados. Era tan blanca que ni las estatuas de mármol, ni las palomas, ni la misma nieve lo eran más.

—¡Darío mío! ¡Aquí estoy!

Como derribados en tierra por una pasión inesperada, por el glorioso llamar de una visión santa, contemplábanla Pedro y Victorina con los ojos cegados, deslumbrados. La última, ni siquiera había hecho un movimiento para detenerla en su acción extraordinaria, dominándola esa especie de respeto ó de terror que se experimenta ante las locuras de la pasión ó de la fe. Y Pedro, paralizado, comprendía que pasaba algo tan grande, que se sentía capaz de experimentar un estremecimiento de trastornadora admiración. Ni una idea impura se le ocurrió ante aquella desnudez de lirio y de nieve, de aquella virgen de candor y de nobleza, cuyo cuerpo parecía brillar con luz propia, con el esplendor del amor mismo que lo abrasaba. No le chocó más que como una obra de verdad trasfigurada por el genio.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y habiéndose acostado Benedetta, cogió entre sus brazos á Darío, agonizante, y cuyos brazos no tuvieron fuerza suficiente para estrecharla entre ellos. Al fin, lo había querido con su tranquilidad aparente, con la blancura lílial de su obstinación, bajo la cual rugía rojo furor de incendio. Esta violencia la consumió siempre, aun en las horas de calma. A la sazón, cuando el destino abominable la robaba su amante, no quería resignarse á ese embuste de perderle sin haber sido suya, puesto que cometió la tontería de no entregarse cuando ambos estaban sonrientes de ternura y llenos de fuerza. En su locura estallaba la rebelión de la naturaleza, el grito inconsciente de la mujer que no quería morir infecunda, inútil como la semilla arrastrada por un viento de desastre y de la que no germinará ninguna otra vida.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y le oprimía con sus desnudos miembros, con toda su

alma desnuda. Pedro, en aquel instante, vió en la pared, á la cabecera del lecho, las armas de los Boccanera, un cuadro antiguo bordado en oro y sedas de colores sobre un paño de terciopelo color violeta. Sí, aquel era el dragón alado echando llamas; era la divisa feroz y ardiente; *Bocca nera, alma rosa; Boca negra, alma roja*, la boca entenebrecida por el rugido, el alma hecha una brasa como un brasero de fe y de amor. Había renacido para retoñar en la última de sus hijas toda aquella raza de pasión, de violencia y de trágicas leyendas y renació en aquellos pavorosos y prodigiosos esponsales en el dintel de la muerte. Y la vista de las bordadas armas evocó en su memoria otro recuerdo, el del retrato de Cassia Boccanera, la enamorada y justiciera, la que se arrojó al Tíber con su hermano Ercole y con el cadáver de su amante Flavio Corradini. ¿No era el mismo abrazo desesperado que trataba de vencer á la muerte, el mismo acto de ferocidad arrojándose al cuerpo con el bien amado, el elegido y el único? Ambas se parecían tanto como si fuesen hermanas, aquella que revivía allá arriba, en su antiguo cuadro, y la otra abajo, la que se moría con la muerte de su amante como si esta última no fuese más que el trasunto, la reencarnación de la otra, con su mismo rostro de delicada infancia, idéntica boca de deseo y los mismos ojazos rasgados de ensueño, iluminando igual cara pequeña, redonda, prudente y terca.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Durante una eternidad, un segundo, se oprimieron, aporRANDO Benedetta un frenesí del don de sí misma: un frenesí sagrado que iba más allá de la vida hasta el negro infinito de lo desconocido y Darío, que expiraba bajo esa gran dicha cuya felicidad disfrutaba al fin, quedóse con los brazos apretados, anudados convulsivamente alrededor de su cuerpo como si se la quisiese llevar consigo. Fué acaso el dolor de esa posesión incompleta, y el pensar en su inútil virginidad que no podía ser fecunda. ¿O bien fué en medio de la alegría suprema de haber consumado el matrimonio con toda la voluntad de su sér? Tuvo en el corazón, durante ese acto de la impotente muerte, una oleada tal de sangre, que el corazón estalló. Benedetta murió asida al cuello de su amante muerto y ambos es-

trechamente unidos, enlazados para siempre el uno en brazos del otro.

Oyóse un gemido; Victorina, que se había acercado, comprendió lo que pasaba, mientras que Pedro, también en pie, quedóse sobrecogido, estremeándose de admiración y llorando ante lo sublime.

—Mirad... mirad...—balbuceó la criada.—¡No se mueve! ¡No alienta! ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Se ha muerto! Y el presbítero murmuró:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosos son!

Era cierto; no se había visto nunca belleza más elevada ni más resplandecientes en rostros de muertos. El rostro de Darío, poco antes lívido y terroso, adquirió de pronto una palidez, una nobleza de mármol, alargándose, simplificándose sus rasgos como bajo el influjo de un arranque de inefable alegría. Benedetta parecía conservar su aire grave, con pliegue de ardiente voluntad en los labios, mientras que el rostro entero expresaba una beatitud dolorosa é infinita en medio de su blancura sin igual. Mezclábanse sus cabelleras, y sus ojos, que se habían quedado muy abiertos, los unos en el fondo de los otros, seguían mirándose sin cesar con una eterna dulzura de caricia. Era la pareja para siempre enlazada, partida para la inmortalidad con el encanto de su unión habiendo vencido la muerte y que resplandecía con esa belleza admirable del amor inmortal y vencedor.

Los sollozos de Victorina estallaron mezclados á tales lamentos que produjeron una confusión, y Pedro muy trastornado entonces no se explicó cómo la habitación se llenó de pronto de gente á la que agitaba y enardecía una especie de sordo terror. El cardenal acudió corriendo desde la capilla siguiéndole don Vigilio. Sin duda al mismo tiempo llegaba el doctor Giordano con donna Serafina, prevenida ya cerca de lo ocurrido y avisada de la muerte próxima de su sobrino; porque estaba allí también con el estupor de esos golpes que los herían uno tras otro en la casa. El mismo médico experimentaba ese asombro, esa perturbación que los médicos más viejos sienten continuamente ante los hechos, é intentó dar una explicación, y vacilando hablaba de un aneurisma posible, tal vez de

la existencia de un aneurisma ó de la obstrucción de una arteria.

Victorina, como criada á la que el dolor hacía igual á sus amos, se atrevió á interrumpir diciendo:

—¡Ah! Si era tanto lo que se amaban, ¿no bastaba esto, señor doctor, para que muriesen juntos?

*Donna* Serafina besó en la frente á aquellos dos desgraciados á los que profesaba tanto cariño y después quiso cerrarles los ojos, pero no pudo conseguirlo porque los párpados volvían á levantarse en cuanto se separaba de ellos el dedo, y estos empezaban á sonreírse, á cambiar fijamente la caricia de su mirada de eternidad. Y como indicase que por decencia habían de separarse los dos cuerpos tratando de desanudar sus miembros.

—¡Oh! ¡Señora! ¡Oh! ¡Señora!—exclamó de nuevo Victorina.—Antes que conseguirlo les romperéis los brazos. Ved, pues, parece que los dedos se les han clavado en las espaldas... No se separarán nunca.

Intervino entonces el cardenal. Dios no había hecho el milagro. Estaba lívido, no derramaba ni una lágrima y le dominaba una helada desesperación que le engrandecía. Hizo un gesto soberano de absolución, de santificación como si siendo príncipe de la Iglesia, dispusiese de las voluntades del cielo y aceptase así los dos amantes abrazados ante el tribunal supremo ampliamente desdeñoso de las conveniencias en presencia de ese soberbio caso de amor, conmoviéndole hasta lo más hondo de sus entrañas con el recuerdo de los sufrimientos de su vida y por la belleza de su muerte.

—Dejadlos, dejadlos, hermana mía, no los turbéis en su sueño... Que sus ojos queden abiertos puesto que quieren tenerlos abiertos hasta la consumación de los siglos para mirarse sin cansarse jamás. Y que duerman el uno en brazos del otro porque no pecaron durante su vida y que no se enlazaron con tan estrecho abrazo más que para acostarse bajo la tierra.

Y volviendo á ser el príncipe romano de orgullosa sangre, enardecida aún con las antiguas aventuras de pasiones y batallas, añadió:

—Dos Boecanera pueden dormir así; Roma entera los

admirará y los llorará... Dejadlos, dejadlos el uno al otro, hermana mía, Dios los conoce y los espera.

Todos los asistentes se arrodillaron y el cardenal en persona empezó á recitar las preces de difuntos. Ibase haciendo de noche; una sombra creciente invadía la habitación y al poco rato las llamas de dos cirios brillaban como dos estrellas.

Sin saber cómo, encontróse Pedro poco después en el abandonado jardincito y en las orillas del Tíber. Debía haber bajado al sentir necesidad de respirar aire libre cuando se ahogaba de cansancio y de pena. Las tinieblas envolvían aquel encantador rincón, el antiguo sarcófago en el que el hilillo de agua al caer del trágico mascarón cantaba su perlina canción de flauta, y el laurel que lo sombreaba, los amargos bojés y los naranjos de los paseos no eran más que masas sin forma bajo un cielo de un azul negruzco. ¡Ah! ¡Cuán alegre y distinto estaba por la mañana aquel delicioso melancólico jardín! ¡Y qué eco más desolado habían dejado en él las risas de Benedetta, toda esa alegría ruidosa de la felicidad próxima y que á la sazón yacía allá arriba en el vacío de las cosas y de los seres! Se le oprimió de tal manera el corazón que empezó á sollozar sentándose en el mismo sitio en que ella se sentara, en el fragmento de columna rota, en el aire que ella respiró y que parecía conservar su olor puro de mujer adorable.

De pronto un reloj lejano dió las seis y Pedro experimentó una brusca sacudida al recordar que era aquella misma noche y á las nueve cuando el papa debía recibirle. Faltaban aún tres horas. Durante la tremenda catástrofe no se acordó pareciéndole que habían pasado meses y meses y aquello acudía á su memoria como el recuerdo de una antigua cita á la cual, después de años de ausencia, se llega envejecido, con el corazón y la cabeza cambiados por una serie de acontecimientos sin número. Y penosamente fué haciendo hincapié. Cuando pasasen esas tres horas iría al Vaticano y al fin vería al papa.